

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza
Carta semanal

El bien de la vida

6 de abril de 2008

La fiesta de la Encarnación del Señor, que celebramos el 25 de marzo, cuando es posible litúrgicamente, es muy querida por los cristianos, pues, entre otros aspectos del misterio inefable del Hijo de Dios hecho hombre, nos recuerda que, como nosotros, Jesús comenzó su vida humana en el seno de su Madre. Por esta razón, si ya la vida humana merece y debe ser respetada desde el momento de su concepción, desde que el Hijo de Dios se hizo carne, toda vida humana, todo hombre o mujer, tiene para nosotros los cristianos un valor añadido: *«La vida del hombre es don de Dios, que todos están llamados a custodiar siempre»*, decía Benedicto XVI en un discurso a los que participaron en la Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud en noviembre de 2007.

Pero el aprecio por la vida, por toda vida, se deprecia cada día en nuestro Occidente. Aparte del desprecio de la dignidad humana de los más débiles (enfermos, inmigrantes, niños sin educar, personas que pasan verdaderas dificultades económicas cada mes, embrutecimiento de un vida sexual disparatada en adolescentes y jóvenes, condiciones humanas degradantes, etc.), en España son significativas las cifras del aborto de 2007, de modo que se ha llegado incluso a un cierto desprecio de la Ley que despenaliza los tres supuestos para hacerlo "lícito", que no ético. Y de paso recuerdo que en realidad en España no hay Ley del aborto, sino unos supuestos que se despenalizan. De ahí el escándalo de las clínicas donde se practican abortos ilegales.

¿No será mejor el aborto libre? Sería un disparate en una sociedad en la que miles de esposos tienen